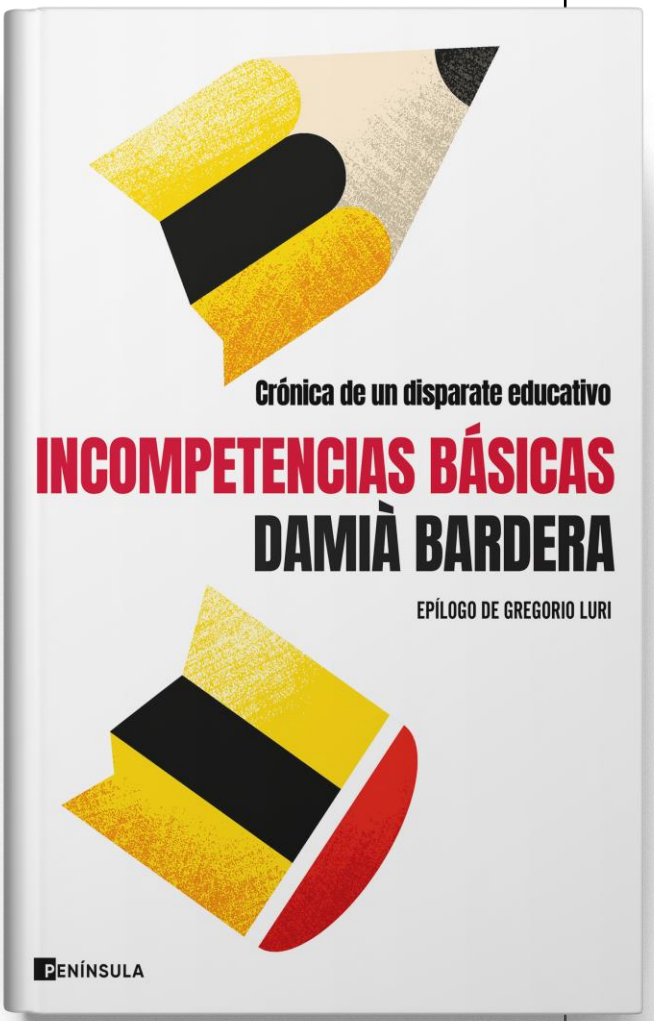
PENÍNSULA

# INCOMPETENCIAS BÁSICAS

## CRÓNICA DE UN DISPARATE EDUCATIVO

## DAMIÀ BARDERA




**LAS REFLEXIONES Y EXPERIENCIAS DE UN PROFESOR DE SECUNDARIA PARA ENTENDER EL TRISTE DEVENIR DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA**

**A LA VENTA EL 5 DE FEBRERO**

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**

**Laura Fabregat I** Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 I lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

## UN TESTIMONIO DIRECTO Y HONESTO SOBRE QUÉ ESTÁ FALLANDO EN NUESTRAS ESCUELAS

El escritor y profesor Damià Bardera nos ofrece un relato incisivo sobre las profundas carencias de un sistema educativo que ha perdido el rumbo. A medio camino entre la narración, el ensayo y el diario personal, este libro recoge el testimonio de un profesor de secundaria comprometido con el valor del conocimiento, que desenmascara, con humanidad y un afilado humor, las deficiencias, la retórica y las trampas de un sistema educativo inoperante, sostenido en la autocomplacencia y el engaño.

Alumnos desorientados e impertinentes, padres que eluden sus responsabilidades, docentes desmotivados y sin vocación… Damià Bardera nos abre las puertas de una clase de instituto para entender el triste devenir de la educación en España.

Con humanidad y un afilado humor, *Incompetencias básicas* desenmascara las deficiencias, la retórica y las trampas de un modelo que está fracasando en su tarea más esencial: formar ciudadanos críticos y competentes. Y lo hace señalando en todas direcciones, desde la indefensión que sufren muchos docentes hasta las trampas detrás de algunas bajas laborales, pasando por la falta de iniciativa de los alumnos o las contradicciones de unas autoridades educativas mediocres y negligentes.

## EL AUTOR



**Damià Bardera** (Viladamat, 1982) es doctor en Filosofía, escritor y profesor. Ha publicado nueve libros de cuentos, una novela, dos ensayos y un diario ensayístico. En 2019, la editorial Empúries publicó la antología de sus cuentos Un circ al pati de casa, con prólogo de Toni Sala. Sus últimos libros son Bèsties de companyia (Godall, 2022) y S'obre el teló (La Segona Perifèria, 2023). Escribe regularmente en la revista digital Núvol. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al polaco, croata, ruso, neerlandés, gallego, español e inglés.

# ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

## DEL EPÍLOGO DE GREGORIO LURI

## filósofo, pedagogo y ensayista

«Damià Bardera ha organizado una buena en Cataluña, pero no se ha debido tanto a lo que dice como a la enorme audiencia que no ha entendido lo que dice. Si este libro hubiese sido un fracaso de ventas, nadie se hubiera rasgado las vestiduras. Pero ha sido un éxito y esto es lo que duele, porque sus ventas han sido interpretadas como una afrenta por personas que guiadas, sin duda, por las mejores intenciones (pero no sé si con un derroche de sentido común), pusieron en marcha un manifiesto titulado *Por un debate educativo responsable y respetuoso*. »

«El lector juzgará si los reproches son merecidos o si nos encontramos ante la vieja táctica de matar al mensajero. Como nadie alzó la voz para pedir un debate sereno y respetuoso cuando los datos de PIRLS 2021 pusieron de manifiesto que los resultados de los alumnos catalanes en comprensión lectora se encontraban entre los de Ceuta y Melilla, me atrevo a sugerir la actualidad de aquello que cantaba Concha Piquer: *De lo que me está pasando yo no me quiero enterar, prefiero vivir soñando, a conocer la verdad. Que no me quiero enterar no me lo cuente, vecina.»*

«Podemos criticar cuanto queramos el tono empleado por Damià Bardera (que no siempre comparto), pero cuando despertemos, el dinosaurio seguirá allí. Si queremos un debate sereno y respetuoso debemos comenzar por preocuparnos por las razones por las que tantos docentes de Cataluña, especialmente en secundaria, comparten las opiniones y el tono de Bardera. »

«¿Por qué la prensa habla de «la gran renuncia docente»? ¿Por qué un sindicato tan relevante en Cataluña como USTEC·STEs ha hecho suya esta expresión? El deterioro de la salud física y psíquica de los profesionales de la enseñanza es real, como pone de manifiesto el creciente número de bajas laborales, la dificultad para encontrar profesores de ciencias (es difícil convencer a un matemático que elija impartir matemáticas en la ESO en vez de trabajar en una empresa privada), el hecho de que uno de cada tres docentes se plantee dejar la profesión, etcétera. No es ninguna *rara avis* el profesor que está cubriendo la baja del sustituto de un profesor que está de baja.»

«El obvio malestar docente algo tiene que ver con la sustitución del currículo que se proponía ofrecer a los alumnos conocimientos sobre el mundo por un currículo sin estructura clara que

parece preocupado sobre todo por proporcionar a los alumnos conocimientos vagos sobre sí mismos.»

«“Podríamos decir — concluyen en la USTEC·STEs— que los docentes se sienten más satisfechos cuando dedican la mayor parte del tiempo a hacer de docentes.” Pues esto es, en resumen, lo que nos dice Bardera. Añado, por mi parte, que los docentes son hoy los únicos a quienes nadie considera expertos en educación, mientras que se concede gratuitamente este título a gentes que saben que existen alumnos porque han leído sobre ellos.»
«Siguiendo las vías abiertas por Damià Bardera, voy a intentar resumir los factores que a mi parecer están detrás de lo que, para no cargar las tintas, podríamos limitarnos a llamar «desconcierto docente». Son los siguientes:

1. La tecnocracia.
2. La postergación del humanismo.
3. Con la escuela ya no hay suficiente, o lo que Salamanca no da, el mercado lo garantiza.
4. La inflación de las calificaciones y la disminución de los conocimientos.
5. La singular racionalidad pedagógica.»

«La escuela innovadora dice seguir los pasos del filósofo norteamericano John Dewey. Sin embargo, olvida algunos de sus mensajes esenciales, tal como están recogidos en sus obras de madurez, como *Experience and Education* (1938) o *Freedom and Culture* (1939). Me parece importante reproducirlos, visto que el innovacionismo educativo cae fácilmente en un vicio contra el que ya advirtió el mismo Dewey: el antiintelectualismo.  Ahí van: “El método más estúpido es el que ofrece tanta libertad al niño que prescinde de la guía del maestro.” [...]»

«No importa lo elevadas que sean las intenciones de una ley educativa, lo evidente es que es más fácil aprobarla en el Parlamento que aplicarla en las aulas. Para aprobarla basta con la mayoría de los votos, para aplicarla es imprescindible la aquiescencia activa de los implicados en su puesta en marcha. Sin la complicidad de los docentes toda ley educativa es un brindis al sol.»

## El ABECÉ

« Hace casi diez años, al culminar el ansiado cambio de la escuela privada a la pública, estuve varios meses en el paro con la esperanza de obtener, de cara a septiembre, una plaza de interino en algún instituto relativamente cerca de casa, aunque fuera a media jornada. Fue a media jornada, de septiembre a agosto, el curso entero, en un instituto de Figueres. [...] Ante mi atónita mirada, perplejo de ver un espectáculo tan grotesco en mi primer día, totalmente mudo, las chicas debieron de sentirse juzgadas, maltratadas, o a saber cómo. La mayor me lanzó un: —¿Qué

miras? ¡Hijoputa! «Sobre todo no la toques, Damià — recuerdo que pensé—, sobre todo no la toques...» Experimenté de una forma muy directa y descarnada, sin filtros racionalizadores, la indefensión a la que estamos sometidos los docentes. «Cuidado que no te agreda, Damià.» En esta nuestra tierra de «progresismo pedagógico», de papanatismo educativo, ni siquiera puedes insinuar — ya no digamos defender— que maestros y profesores deberíamos tener rango de autoridad pública, que agredir a un docente debería equivaler a agredir a un agente de policía, por ejemplo, o a un policía municipal. No, aquí debes entender la violencia del alumno, su ira, su desprecio, debes tolerarle todo lo que está escrito, respetar sus derechos y no recordarle que tiene, como estudiante, como persona y como todo el mundo, unos deberes que ha de cumplir. Tienes que dejar que el alumno se exprese libre y espontáneamente, para no contrariarlo. Veinte minutos después, apareció el padre de una de las chicas. «Ahora igual se comportan», pensé. Me equivocaba.»

## AUTENTICIDAD DOCENTE

«[...] No, no es mala fe. Sencillamente son docentes que no están a la altura. No se dan cuenta — o no quieren darse cuenta— de la responsabilidad que tienen para con los alumnos. Y claro, ¿qué vas a decirles? Después de haber probado suerte en la empresa privada y de haber fracasado, ven en la docencia la salida «fácil», pues el sistema acepta a todo el mundo — es de lo más inclusivo— y la gente tiene derecho a ganarse la vida. Él no hace nada ilegal. Además, ¡qué caray... si faltan docentes! ¡Faltan muchos!

Pero a diferencia de lo que suele pensar la mayoría, no hace falta una gran vocación para hacer bien este trabajo. Solo hace falta ser competente, como en cualquier otro oficio, con o sin gorra.»

## EL MÁSTER DEL UNIVERSO

«[...] Falta gente, decíamos. En la bolsa de sustitutos de secundaria, hace tiempo que algunas especialidades — matemáticas, informática, lenguas clásicas...— están prácticamente vacías. Por eso muchas sustituciones no se cubren y, si se cubren, lo hace alguien de otra especialidad. Este año, en el instituto donde trabajo, ha costado Dios y ayuda cubrir la plaza de latín y griego. De hecho, estrictamente hablando no se ha cubierto: han ido pasando sustitutos y los alumnos han tenido cuatro profesores diferentes durante el curso, con largas temporadas sin nadie.»

« Me dice: «A los candidatos a sustitutos o interinos, nadie les hace ni siquiera una entrevista para ver si son aptos para el trabajo, y luego ocurre lo que ocurre: no les gusta, fracasan y dan unas clases desastrosas o se piden la baja. Esto lo he visto con mis propios ojos, y ahora también lo sé gracias a lo que me cuenta mi hija. Por suerte ella ha aprobado las oposiciones y, por suerte, le gusta mucho su trabajo. [...] En estos momentos ella está haciendo una sustitución de una sustitución, por lo que su plaza cuesta tres sueldos. Y no es un caso aislado. »

«[...] “Titulación pedagógica.” Será un eufemismo para referirse al máster de formación del profesorado de la ESO y bachillerato, una formación presuntamente obligatoria y necesaria para ejercer la docencia, tanto en la escuela privada como en la pública. A pesar de tratarse de una formación académicamente vergonzosa — mi peor experiencia académica con diferencia, ¡y he tenido muchas!—, primero tienes que pasar por caja: entre 3.000 y 8.000 euros, dependiendo de la universidad; y luego debes pasar por el aro: 60 créditos oficiales, unas 1.800 horas de teoría barata, trabajos, trabajitos y mucha ideología pedagógica indigesta.»

«Cuando empecé la licenciatura de Filosofía — 300 créditos repartidos en cinco años académicos—, si querías dedicarte profesionalmente a la docencia tenías la posibilidad de hacer el CAP (Certificado de Aptitud Pedagógica) una vez finalizada la carrera. Incluso podías compaginar ese CAP con el último año de carrera. [...] A mí, sin embargo, y a tantos otros, el Estado nos estafó: nos cambió las normas del juego a media partida y, en el ecuador de la licenciatura, se nos notificó que se suprimía el CAP y que a partir de entonces deberíamos realizar un máster. *E*/Máster. Una formación de 60 créditos pensados para complementar los 240 de los nuevos grados universitarios. Resumiendo: tuve que realizar 300 créditos de licenciatura más 60 créditos de máster, mientras que los universitarios que comenzaban un nuevo grado harían 240 más 60. A esto se le llama «inseguridad jurídica». »

«¡Ah!, los inspectores... ¿merecen un capítulo aparte? Al primero, lo conocí precisamente haciendo el Máster. Compaginaba el trabajo y el sueldo de inspector con el trabajo y el sueldo de coordinador del máster de la UNED en Girona. Psicólogo de formación, con vínculos en la política municipal, articulista esporádico, dudo que haya pisado un aula en toda su trayectoria profesional. Nunca me resolvió ninguna duda (ni una sola), ni a mí ni al resto del alumnado del Máster; siempre se excusaba diciendo que tenía mucho mucho trabajo. Una vez finalizado el Máster, eso sí, me felicitó porque, a su juicio, yo había «entendido perfectamente lo que se me pedía». En efecto: ya desde el principio, al ver que era incapaz de resolverme ninguna duda, no me paré en barras y dejé de molestarle.»

## PASTILLAS

«[...] en 2024, el Máster ha dejado de ser un requisito imprescindible; todo el mundo cabe en el sistema, y ya hace tres o cuatro años que la «titulación pedagógica obligatoria y necesaria para ejercer la docencia en este país» ya no es tan necesaria. Este cambio de criterio es de agradecer. Rectificar es de sabios. Conozco a un buen puñado de sustitutos que se han plantado en su nuevo puesto de trabajo a las ocho de la mañana y, antes de concluir la jornada laboral, se han pasado por dirección a fin de despedirse y renunciar a su plaza. Que eso no es para ellos, suelen decir,

que no es lo que se esperaban. ¡Ay, cielito! ¿Qué soñaban con encontrarse en las aulas? ¿Algo de reconocimiento? ¿Un trabajo con sentido? ¿Estabilidad psicológica? ¿Alumnos motivados? ¿Un buen horario? ¿Muchas vacaciones? (Nota: Al menos ahora las nuevas hornadas de sustitutos ya no tendrán que perder el tiempo ni el dinero haciendo el Máster antes de autodespedirse.)»

## PACTOS TÁCITOS

«Los docentes de Cataluña somos de los que menos cobramos del Estado; por el contrario, las autoridades educativas catalanas son las que más cobran de todas las autoridades educativas estatales. Posible titular: «La Generalitat no paga ningún plus a los profesores por dirigir, tutorizar y evaluar trabajos de investigación». [...]»

«Es un quebradero de cabeza tanto para el alumnado como para el profesorado. Por eso la inmensa mayoría de los trabajos no tienen ningún interés ni fiabilidad. No pueden salir de los institutos: la parte teórica es copiada íntegramente de internet — o hecha con inteligencia artificial— y la parte práctica es risible. ¿Pero qué vas a decirles? ¿Qué quieres hacer? ¿Acaso lo haríamos mejor nosotros, los profesores? "Los alumnos saben que nosotros sabemos que ellos saben..." Hay un pacto tácito: tú, alumno integrado en nuestro sistema educativo, el sistema más avanzado de Europa del Sur — el sistema que te garantizará una educación pública y de calidad—, disimula que has copiado de internet, finge que este trabajo te importa — que has investigado, que no te has inventado los datos y las entrevistas—, y nosotros te aprobaremos. Incluso te pondremos buena nota si intuimos que has alcanzado correctamente las competencias requeridas.»

## El SISTEMA

«Cuando hace casi diez años decidí ser profesor de secundaria — en la especialidad de filosofía, ya era consciente de que el sistema educativo del país no funcionaba muy bien. Estaba al corriente de todo porque tenía conocidos que me informaban con detalle y honestidad. La inmensa mayoría de los que trabajaban en secundaria me recomendaban que no hiciera de profesor, que buscara una alternativa, y me ofrecían un amplio abanico de argumentos. Sin embargo, en ese momento, no sé si por idealismo bobo o sencillamente porque siempre me ha gustado dar y recibir clases, no los escuché y me lancé. Quizá pensaba, ¡alma de cántaro!, que el sistema, el omnipresente sistema, se podía enderezar desde dentro con buena disposición y buena voluntad. O quizá en ese momento me sentía en deuda con esa cosa tan etérea que llamamos *sociedad*, porque después de haber estudiado en una universidad pública y de haber podido hacer el doctorado con una beca también pública, quería que mis conocimientos — fueran muchos o pocos— prestaran algún servicio a la comunidad, más allá del servicio que me hacían a título individual como escritor, como ciudadano y como persona. Así pues, tras años y años

chocando con el sistema para intentar — ¡oh, sorpresa!— hacer de profesor, para intentar que mis alumnos aprendan algo sustancial — me refiero a contenidos que vayan más allá de la educación emocional, las pantallitas y los bloques de plastilina—, me doy cuenta de que quizá tienen razón aquellos que, adictos a los percales emocionales del alumnado e incapaces de leer ningún libro — aunque después promuevan y promocionen la lectura entre los alumnos—, me dicen que la secundaria no es mi lugar (¿y cuál es, pues?), que la educación ha cambiado mucho y que los alumnos de ahora no desean lo que yo puedo ofrecerles. Pero no es cierto que los alumnos no quieran clases intelectual y artísticamente estimulantes, al menos la inmensa mayoría de los que yo he conocido. Es importante no insultar su inteligencia, no subestimarlos, no infantilizarlos, exigirles un buen rendimiento académico desde la coherencia y la honestidad.»

«Actualmente me planteo cambiar de trabajo, o como mínimo combinar la docencia con otra profesión. Tengo la sensación — por no decir la certeza— de que nos han cambiado el trabajo, o de trabajo. Además del prescriptivo rol de policía, ahora debes ser una especie de animador cultural de los niños. Si no quieres problemas, debes entretenerlos con juegos, yincanas, canciones y pantallitas porque tu trabajo es vigilarlos y, sobre todo, procurar que se lo pasen en grande, que no aprendan mucho salvo a autogestionarse emocionalmente, y a veces ni eso. Al mismo tiempo debes ser un burócrata de lo más entregado y eficiente, porque la cantidad de tiempo que perdemos haciendo gestiones administrativas no solo nos quita tiempo para dedicarnos a preparar clases — actualmente no creo que ningún profesor disponga de ese tiempo—, sino que tanto papeleo genera una extraña sensación de vacío y de nihilismo. Añadamos también la obligación de convertirnos en comerciales de nuestras materias o asignaturas. Con la excusa de que el alumno debe diseñar su propio currículo — la versión joven del neoliberal «sé empresario de ti mismo»—, los profesores debemos «vender nuestro producto». Como es natural, los alumnos quieren aprobar y se apuntan a las materias en las que nadie suspende, a la vez que se les priva de obtener unos conocimientos que, por sí mismos, muy probablemente no obtendrán jamás. Y para colmo, los profesores también debemos ser espléndidos psicólogos y educadores sociales infatigables. Se necesitan psicólogos y educadores sociales en las aulas — ¡a fe de caballero, que se necesitan cada vez más!—, pero los profesores no podemos asumir como labor principal una que no nos compete, o no nos debería competer. Podemos ayudar en ese aspecto, en efecto, e incluso aplicar el sentido común. Ahora bien, a mí me parece una falta de respeto para el alumnado con necesidades educativas especiales que sea precisamente el profesor — aquel que tiene que enseñarle algo— quien tenga que atenderle como psicólogo y como educador social, y más cuando no existen los recursos para hacerlo. Afortunadamente, hay gente formada en esos ámbitos y les corresponde a ellos, y no a nosotros, realizar esa tarea.»

## PÁJAROS DE JAULA PEQUEÑA

«Pero no la tienen, por supuesto que no. Porque cuando eres joven, el sueldo y la estabilidad de la docencia son un señuelo fácil de morder — y durante un cierto tiempo, también fácil de roer—, pero al cabo de unos años, ya desengañado, es demasiado tarde para emprender de nuevo una carrera, otra profesión, otros estudios. Falta coraje, falta fuerza, falta confianza, falta dinero... falta de todo. A mí, por suerte, me queda la alternativa de la literatura — y, eventualmente, la universidad—, los libros, las conferencias, las charlas, los artículos, los talleres de escritura... pero todo eso es precario, y a veces tengo la sensación de que se trata de una alternativa más ficticia que real, es decir, una alternativa pensada más para la vanidad que para la economía familiar.»

«Actualmente, la cosa ha cambiado bastante. Ahora ya no me basta con el reconocimiento sincero de los alumnos. Por mucho que aprendan, por mucho que mejoren, mi poso de amargura hacia el sistema, hacia unas autoridades educativas mediocres y negligentes — o directamente malintencionadas—, persiste, al igual que persisten la fatiga, el aletargamiento, el estupor de ver cómo día tras día, año tras año, el disparate educativo se hace cada vez más grande y es imposible de enderezar.»

## ¿QUÉ DISPARATE?

«Los que nos dedicamos a la filosofía sabemos que las realidades más obvias, aquellas que tenemos delante de las narices, las más cotidianas, las más banales, a menudo son las que cuestan más de ver. Son las más difíciles de detectar, analizar y más aún de contar o comunicar. Es lo que ocurre con el «disparate educativo».

No es que sea un ser o un objeto, un ente que podría ser mayor o menor, crecer o decrecer. Hay que concebir el disparate educativo como un medio, una especie de atmósfera viciada — muy viciada— que los docentes respiramos constantemente.

A veces, al inicio del curso, pongo en marcha la asignatura de filosofía contando a los alumnos aquel cuento del escritor norteamericano David Foster Wallace en el que dos peces jóvenes nadan río abajo y de repente se cruzan con un pez más viejo, más experimentado, que nada río arriba, a contracorriente. Ante la estupefacción de los dos peces jóvenes, el viejo los saluda y les pregunta, pícaro, antes de perderlos de vista:

«¿Qué, chicos, cómo está el agua hoy?».

Los dos peces jóvenes, perplejos, se miran y se preguntan: «¿Qué agua? ¿Qué es el agua?».»

## KARAMBA

«[...] Sin embargo, en cuanto coges algo de maña, puedes empezar a disfrutar de la experiencia — o no— y analizar la situación con más calma. Y es aquí donde suelen aparecer los problemas.

¿Qué haces ante las evidencias? ¿Niegas la realidad de las aulas y finges que todo va bien, o razonablemente bien? ¿Arrimas el hombro y te convences de que la educación mejorará? ¿Sucumbes al desánimo y vas tirando? ¿O te dejas seducir, tal vez, por el sarcasmo y la ironía, como medida de supervivencia?»

«[...] Es lo que ocurre con el disparate educativo y la consiguiente normalización de la mentira y la violencia. Estamos tan habituados que ni siquiera nos sorprendemos: las agresiones verbales de los alumnos — y de los padres— al profesorado ya forman parte del *pack* de trabajo. Muchas agresiones físicas ni siquiera se denuncian: neumáticos pinchados, alumnos que suspenden y acaban aprobando por orden del inspector... ¡Ah, los inspectores! No me olvido, no: cada año debemos acabar aprobando a algún alumno por orden del inspector de turno.»
«Los profesores hemos interiorizado normas y leyes tan absurdas — por ejemplo, que un dos o un tres en un examen son, en el fondo, un cinco—, hemos normalizado tanto la mentira institucional — al inicio del curso hacemos unas programaciones de cara a la galería fantásticas, imposibles de cumplir— que cuesta una barbaridad tomar distancia cognoscitiva del medio en el que vivimos y trabajamos. [...]»

## COCINITAS DE JUGUETE

«Ahora mismo tengo serias dudas — y no lo digo con ironía ni sarcasmo— de que los folletos de los maestros Karamba, Usou y Goundo sean mucho menos científicos que gran parte de la actual legislación educativa o muchos de los cursos de formación a los que las autoridades educativas nos someten — o nos sometemos los mismos docentes— curso tras curso. Por ejemplo: **¿Qué es el curso de Superbrain Yoga?** El Curso de Superbrain Yoga o Yoga del Super Cerebro **va dirigido a todas aquellas personas que necesitan incrementar la energía del cerebro:** estudiantes, universitarios, profesores, empresarios, niños y jóvenes, personas de edad avanzada...»

«[...] Son cursos voluntarios, dicen. Por si quieres obtener puntos, por si quieres sacarte unas oposiciones, por si quieres estar al día, por si quieres optar a algún cargo... No puede uno decir que no sirvan para nada. Yo hace años que no voy a estos cursos, desde que me saqué las oposiciones y me da igual quedar bien o mal con la Administración. Ventajas de ser funcionario. Pero de vez en cuando no puedo resistir a la tentación y echo un vistazo a la oferta formativa con la vana esperanza de que ofrezcan algún curso que tenga que ver — aunque sea indirectamente— con mi materia, o con la didáctica de mi materia. Pero nada, nunca encuentro ninguno. Encuentro, eso sí, cursos de *mindfulness*,4 de yoga o de *coaching* en el aula.5 De estos, tantos como quieras. »

«No estoy en contra de que la gente haga este tipo de cursos, en absoluto. Que cada uno haga lo que considere conveniente, y más si debe servir para cobrar un sexe-nio. Lo que me preocupa

es que, con la excusa de la «formación continua» de los docentes, me los hagan ha-cer a mí. Porque, cuando la gente reclama que los fun-cionarios pasemos controles de calidad en relación con nuestra formación, ¿de qué formación estamos hablan-do? En todos los años que hace que me dedico a esto, el sistema nunca ha tenido en cuenta todos los libros que leo a lo largo de un curso académico, y menos el hecho de que leo el periódico cada día, en papel, un periódico que debo comprar yo mismo porque en el instituto ya hace tiempo que no hay ninguno; la actualidad no nos interesa demasiado, por no decir nada. ¿Y si los profesores tuviéramos la oportunidad de realizar un test o un examen de actualidad — o de cultura general, por decir algo— para acreditar una formación continua autodidacta? Lo digo porque, entre los compañeros de profesión, a menudo te encuentras con casos de gente que no lee libros, ni periódicos ni nada, y que difícilmente te saben decir qué país hace frontera con Estados Unidos por el sur o quién es el papa de Roma actual. Y no exagero. Entonces te topas con alumnos de bachillerato que, aparte de no leer jamás, te responden barbaridades cuando les haces preguntas de lo más básicas.»

«Cuando yo todavía me apuntaba a cursos de formación, hice uno sobre aprendizaje por proyectos. Sesenta horas. Algo me quedó claro al hacer ese curso: la metodología por proyectos, si se quiere hacer bien hecha, requiere muchas horas de formación, preparación y coordinación entre el profesorado. Actualmente, a raíz de la aprobación de la enésima ley de educación, la LOMLOE, se supone que todas las escuelas e institutos deberíamos estar implementando esta «nueva» metodología, tanto si a los profesores nos gusta como si no. (Nota: El trabajo por proyectos tiene más de cien años de historia.)12 [...]»

«Ahora bien, aunque el trabajo por proyectos requiere, si se quiere hacer bien, una cantidad ingente de horas de preparación y coordinación, resulta que los profesores no disponemos de esas horas. Es decir, tenemos las mismas horas lectivas que antes, las de siempre, las que hemos tenido con las nueve leyes educativas de la democracia — LGE, LOECE, LODE, LOGSE, LOPEG, LOCE, LOE, LOMCE y LOMLOE—, pero con el añadido imposible de los proyectos.
Resultado: el trabajo no sale de ninguna de las maneras y los alumnos acaban haciendo un proyecto del proyecto del proyecto. El colegio se convierte en un espacio de ocio y recreo perpetuo, un patio-ludoteca continuo en el que, lejos de aprender nada sustancial, los alumnos pierden el tiempo miserablemente. Eso sí, suelen volver a casa contentos, con una sonrisa incrustada en la cara. [...]»

## ESPIRALES Y CÍRCULOS

«En mi época, los horarios todavía tenían materias: castellano, sociales, naturales, matemáticas... Pero hoy las materias han sido sustituidas por las propuestas, las espirales y los círculos, y un chiste verde debe ser una facecia sostenible, ecológica, respetuosa con el medio ambiente.

Horario con el siguiente texto:




[...] Eso sí, no tengo ninguna duda de que las espirales, los círculos y las propuestas van en la línea de lo que ahora se llama *educación emocional*, una especie de cajón de sastre — o de etiqueta vacía— que consiste, por un lado, en hacer creer a los niños y adolescentes que la empatía es la clave para solucionar todos los conflictos, problemas y males del mundo, sean cuales sean y vengan de donde vengan; y, por otro lado, en la manifestación pública — a menudo poco pudorosa— de cualquier tipo de emoción, sencillamente por el mero hecho de tratarse de una emoción, como si las emociones no tuvieran que pasar por ningún filtro y mucho menos el filtro de la razón, la gran olvidada de la educación actual.»

## MISIONES

«[...] (Nota: *Centro de alta complejidad* es un eufemismo para referirse a un instituto complicado o conflictivo, con una alta proporción de alumnos de familias inmigrantes.) Será por sus fuertes convicciones religiosas, pero siempre que hablo con esta persona tengo la sensación de que él en la escuela tiene una misión, mientras que yo no tengo ninguna. Durante la conversación, este hecho remarca y subraya que a mí me falta una misión (una misión educativa, se entiende), lo cual me incomoda un poco y me hace estar en tensión.»

«Hoy le he dicho que yo no la quería, una Cataluña independiente, si quienes nos deben gobernar son los mismos que desde hace tantos años dirigen impunemente el *Departament d'Educació*. Ante las innegables evidencias de que los catalanes vivimos en las nubes a nivel educativo, de que nos encontramos a la cola de España y de que no hay señales de mejoría, sino al contrario, me ha dicho: «La cuestión de la educación debería separarse de la independencia». Y se ha quedado tan ancho, como si esa separación fuera posible, como si la conducta del *Departament* no tuviera nada que ver con la idiosincrasia catalana. Pensamiento mágico, lo llamo yo. »

## PEDAGOGOS

«[...] TR aparte, otro rasgo propio de este sistema es que, a la hora de diseñar currículos y políticas educativas, nos fiamos más de pedagogos que nunca han pisado un aula que de los

maestros y profesores que están ahí cada día. Estos pedagogos, con el inestimable apoyo del *Departament* y las fundaciones compinches — por ejemplo, la Fundación Bofill o la Asociación Rosa Sensat, ambas privadas—, se han convertido en unos seres infalibles cuyas teorías no necesitan ser contrastadas ni validadas. Pese a sus castillos en el aire, no deben dar ningún tipo de explicación a nadie — aún menos a los docentes— porque ellos y sus extravagantes teorías se encuentran más allá del bien y del mal.»

«Pedagogos como este suelen ser los encargados de garantizar la «formación continua» del profesorado. Si yo tuviera que hacer una propuesta — ya que dicen que los profesores no podemos quejarnos si no aportamos nada en positivo—, quizá pediría al *Departament* que, a la hora de acreditar nuestra formación continua, tenga en cuenta libros como este, como el que estás leyendo ahora mismo, querido lector. ¿Acaso los docentes no debemos predicar con el ejemplo si queremos transmitir «pensamiento crítico» a los alumnos? ¿No se nos pide esto, actualmente? [...]»

## URGENCIAS

«Y no hay más discusión: una vez planteamos así las cosas, ¿quién quiere empatizar con un profesor que dispone de tres meses de vacaciones al año, trabaja de lunes a viernes, tiene trabajo garantizado y jornada intensiva? ¿Quién se presta a ponerse en su piel, con la precariedad generalizada? La profesión es un desprestigio y los docentes ya tenemos perdida de entrada la batalla por el relato, usando la jerga de los posmodernos. (Nota: Los sindicatos, en este sentido, son muy poco hábiles.) [...]»

«¿Qué hay que hacer, pues? ¿Qué debemos hacer los docentes si los discursos oficiales y hostiles de las autoridades educativas y sus fundaciones amigas no tienen nada que ver con la realidad que encontramos, tenemos y sufrimos en las aulas? ¿Qué pasa con el banco-de-color-rojo cuando te dicen de forma sistemática que es amarillo sin ni siquiera haberse dignado a mirarlo? ¿Es ignorancia o cinismo? Esta pregunta, si es ignorancia o cinismo, me la planteo a menudo — desde que empecé a trabajar de profesor— y todavía no tengo respuesta. Uno hace todo lo posible para que sus alumnos aprendan algo relevante y de provecho, se desloma para intentar explicar filosofía a adolescentes, para hacerlo concreto, ameno, significativo, y constantemente se topa con una palabrería burocrático-pedagógica del todo ininteligible. [...]»

«Un colegio profesional para los docentes, por favor. Se trata de una medida de carácter urgente. Y es que, de cara a la opinión pública, el problema de los docentes es precisamente este: a la inmensa mayoría de la gente que no se dedica a la docencia, ¿cómo podemos hacerles pedagogía de un disparate educativo tan extremo, absurdo, burocrático e inverosímil? Hace unos tres años,

aún con la resaca de la pandemia, sentí la necesidad de escribir sobre educación, algo que nunca me había ocurrido. Hasta entonces, trabajo y literatura habían transcurrido por caminos paralelos, habían llevado existencias separadas con alguna confluencia o complicidad esporádicas. Pero en ese momento sentí la necesidad de dar forma literaria a mi experiencia en el aula y todavía no sé por qué: la pandemia, el confinamiento, las restricciones... debieron de ser el detonante. Al disparate educativo se sumaba otro. [...]»

## INSPECCIÓN

«[...] Ese curso, en primero de bachillerato tenía tres grupos con treinta y cinco alumnos cada uno, aproximadamente, además de los tres grupos de segundo de bachillerato y otros cinco grupos de segundo de la ESO. En total, más de doscientos cincuenta alumnos para mí solo, los cuales, normativa en mano, debía evaluar cada trimestre «de forma personalizada, atendiendo a la especificidad de cada alumno».»

«[...] Cuando vino la inspectora por primera vez, los bajos-tétricos-con-hedor-a-gasóleo ya eran historia, nadie se acordaba. Nos reunió a todos los funcionarios noveles, nos explicó el funcionamiento de la evaluación — se veía a la legua que toda esa farsa burocrática le daba más pereza a ella que a nosotros— y nos dejó elegir, dentro de los márgenes de su apretada agenda, qué día y a qué hora queríamos que nos viniera a evaluar. «Primero os observaré en el aula y luego os haré una breve entrevista de diez o quince minutos.» »

«La mayoría de los inspectores están cortados por el mismo patrón: son miedosos, cínicos y nunca se mojan. Contra ellos no hay nada que hacer; siempre tienes las de perder, aunque tengas más razón que un santo. Si tienes un problema en el aula y eres lo suficientemente alocado — o lo suficientemente ingenuo— para trasladarlo a inspección, después tendrás dos problemas, y quizá el segundo acabe siendo peor que el primero porque los inspectores son los representantes de unas autoridades educativas que desconfían sistemáticamente de sus trabajadores y los critican ante la opinión pública siempre que tienen la oportunidad de hacerlo: que si nos falta formación, que si debemos actualizarnos... En consecuencia, los inspectores solo se movilizan si huelen la amenaza de un escándalo en los medios de comunicación. Si no sobrevuela esa amenaza, es difícil que te escuchen, y más que te atiendan. Por lo tanto, ante ellos es mejor no quejarse, sonreír todo el rato, darles la razón y hacer ver que la educación funciona, aunque no sea verdad, aunque ambos seáis perfectamente conscientes de que se trata de un teatro triste con un decorado de feria. Sin embargo, es una farsa necesaria para la supervivencia laboral de uno y otro. [...]»

## EN VOZ BAJA

«[...] El año de prácticas no solo empezó mal, con las «aulas» infrahumanas y oliendo a gasóleo; también acabó mal. Y en medio, hubo algunos enganchones con el jefe de estudios que ahora, a toro pasado, me parecen suficientemente representativos del malestar docente que se respira por los claustros del país.»

«Ese año — ya lo he dicho— también acabó mal: durante la última semana de clases, al instituto no se le ocurrió otra cosa que organizar un trabajo de síntesis con todo el alumnado de la ESO, y a los profesores de bachillerato — los de ciclos no, pero los de bachillerato sí, algo bastante habitual— nos tocó vigilar y evaluar a unos alumnos con quienes no habíamos tratado, a los que no conocíamos de nada y cuyos nombres ni siquiera sabíamos. Esa semana fue un dislate, un dislate de campeonato, un simulacro de trabajo por proyectos en el que los alumnos jugaron a ser científicos innovadores con conciencia social y ecológica.

Antes de terminar el mes de junio — también querían obligarnos a ir la primera semana de julio; yo me negué—, me despedí con un artículo sarcástico en *Núvol* en el que relaté mi experiencia con el trabajo de síntesis. El artículo corrió rápido por el instituto y levantó una pequeña polvareda: en un instituto como aquel, un instituto de capital de comarca con sabor a nacionalismo-de-tienda-de-pueblo, molestó más el hecho de sentirse expuestos a la opinión pública — aunque en ningún momento mencioné el nombre del centro, ni su ubicación— que la crítica en sí. Y es que, por norma general, las escuelas y los institutos que en algún momento son noticia suelen ser aquellos que, a diferencia del resto, no están dispuestos a esconder el estiércol bajo la alfombra. Te puedes fiar más de esos centros que de los que nunca tienen ningún problema ni escándalo. El mismo día que publiqué el artículo, muchos compañeros de trabajo — a algunos apenas los conocía porque no habíamos coincidido a lo largo del curso— vinieron a darme las gracias por el escrito y a felicitarme discretamente, en voz baja. [...]»

## ALEGORÍA

« He aquí un alcohólico que vive rodeado de botellas de alcohol: en casa, en el bar, en la calle, en el trabajo, con los amigos, con la pareja, en el restaurante... Hay alcohol por doquier y la tentación es demasiado fuerte, demasiado grande, demasiado intensa. No tiene suficiente fuerza de voluntad y necesita ayuda para salir del pozo. Seis horas al día, de lunes a viernes, ingresará en un centro de desintoxicación para tomar conciencia del problema y tratar de remediarlo. La terapia consistirá básicamente en ofrecerle alcohol a primera hora de la mañana y no dejar de darle durante seis horas seguidas, para que se acostumbre, para que entienda que el centro refleja fielmente la vida exterior.  Por eso a lo largo de su estancia le ofrecerán pequeñas dosis — en principio, controladas— a fin de que se vaya acostumbrando, hasta que se cure. [...]»

## PANTALLISMO

«[...] Todavía no tenemos alumnos alcohólicos en las aulas. Son demasiado pequeños. Pero sí hay adictos a las pantallas, y no pocos: adictos a los videojuegos, a las redes sociales, a las notificaciones constantes... Este año, sin ir más lejos, tengo un alumno de segundo de bachillerato que se pasa las noches jugando a videojuegos, se acuesta sobre las cinco de la madrugada, se despierta a las siete y media para asistir a clase y llega al instituto habiendo dormido menos de tres horas. Y no es un caso aislado. No es único ni excepcional.[...] A nadie se le ocurre que, si una persona tiene problemas con la bebida, por la mañana se le suministre un sol y sombra a fin de reducir su dependencia del alcohol. Pero en nuestros institutos y escuelas, ¡ay!, todo son pantallas, ordenadores, proyectores, entornos virtuales, libros electrónicos...»

«El pedagogismo oficial y oficialista — y acólitos diversos, como los directivos tecnócratas, los profesores guais o los docentes motivados— siempre tiene listo el argumento de que el problema no son las nuevas tecnologías, sino su uso. De acuerdo. [...] Si en muchos casos las nuevas tecnologías están pensadas para generarnos adicción, ¿qué margen tienen los jóvenes para usarlas correcta y razonablemente? Cuando tienes treinta alumnos en el aula y cada uno tiene un ordenador portátil, ¿cómo puedes controlar que todos hacen lo que toca? Hablando en plata: las pantallas en el aula sirven, en el mejor de los casos, para que los docentes abdiquemos de nuestra función de enseñar y carguemos la responsabilidad del aprendizaje a un alumnado que, ¡sorpresa!, todavía no dispone de un criterio lo bastante formado para saber qué le conviene y qué no.»

«Como profesor, es mucho más sencillo llegar a clase y decirles a los alumnos que busquen información sobre cualquier tema — las energías renovables, por ejemplo— porque en unos días harán una exposición oral, y si es por grupos todavía mejor. Todo son ventajas: el profesor no debe preparar prácticamente nada — si necesita una rúbrica para orientar la evaluación de los alumnos, la saca de internet y arreando, que es gerundio—, se paseará por la clase unas cuantas sesiones — esto en el mejor de los casos; en el peor, se pasará la hora mirando el ordenador y consultando el móvil—, charlará con los alumnos de forma distendida, caerá bien y, al cabo de unas semanas, escuchará — o fingirá hacerlo— las exposiciones orales de los alumnos y los aprobará a todos, porque aunque no hayan aprendido nada sustancial, aunque no hayan hecho ninguna investigación seria, «se han esforzado mucho» [...]. »

«Los alumnos de hoy son nativos digitales, dicen los expertos. Estoy harto de encontrarme alumnos que, a pesar de ser nativos digitales, no saben adjuntar un documento Word o PDF en un correo electrónico, y no digamos saber hacer un índice automático [...] Los alumnos tienen más habilidad que los docentes a la hora de navegar por internet, en efecto. Suelen ser más

diestros y van más deprisa, pero eso no significa que sepan cómo funciona el mundo digital. Yo soy nativo analógico y no por eso aprendí a leer de forma espontánea, como si todas las lecturas que he hecho a lo largo de los años y el bagaje cultural me hubieran llovido del cielo.»

«Alumnos incapaces de concentrarse más de cinco minutos —eso en el mejor de los casos; algunos, ni treinta segundos—, jóvenes enganchados al móvil, ciberacoso constante como *modus vivendi*, problemas visuales a raíz del excesivo contacto con las pantallas, descenso en la comprensión lectora, alumnos que prácticamente no saben escribir a mano, deshumanización en las relaciones sociales... ¿Qué nos aportan las pantallas desde que entran en el aula hasta que salen? ¿Qué nos aporta una digitalización acrítica, sin rumbo? ¿Qué nos aporta la "religión de las pantallas"? Y a todas estas preguntas también habría que añadir los problemas económicos de muchas familias (cuestión que merecería un libro aparte), dado que hay alumnos que llegan a la escuela con el ordenador sin batería porque, si lo cargan en casa, gastan demasiada luz. [...]»

«[...] no hace falta engañar a nadie. No hace falta intentar vender que las pantallas, la digitalización, las aulas tecnológicas... nos sacarán del pozo educativo en el que nos encontramos. Si queremos pantallas, adelante; pero por lo menos tengamos la decencia, todos juntos, de reconocer que no sirven para aprender, que son nocivas. Tanto hablar de la empatía actualmente, tanto trabajar en el aula con los programas de educación emocional, y resulta que si observamos el sufrimiento ajeno a través de una pantalla, entonces la misma pantalla nos priva de empatizar con la persona que sufre. ¿Queremos deshumanización? ¡Pues pantallas en las aulas!»

## EDUCACIÓN PARA LA VIDA

«Haciendo el célebre máster de educación secundaria y bachillerato, una de las pocas cosas que me quedó muy clara — tras verla escrita una y otra vez— es la naturaleza de la ESO. En los documentos colgados, cada dos por tres leías que la etapa de secundaria debía servir para preparar a los alumnos para la vida, es decir, para la vida que se encontrarían una vez que terminaran los estudios obligatorios y empezaran a trabajar (o a estudiar en serio).
Dejando a un lado el mensaje de fondo que se transmite a los alumnos con esta visión — que la educación es un simple medio, no una finalidad en sí misma—, no es verdad que estemos preparando a los alumnos para la vida. [...]»

«De cara a la galería, y siempre desde la retórica oficial y oficialista, se supone que la enseñanza por competencias garantiza esa preparación para la vida; es lo que más se ajusta a ella, dicen los expertos-que-no-han-pisado-nunca-un-aula. Ahora bien, dejando al margen que actualmente todavía no habrá nadie que sepa exactamente en qué consiste enseñar — o educar, si se quiere— por competencias, todavía hay un problema más grave, más chocante y más lamentable, que

engorda y normaliza un poco más el disparate educativo en el que vivimos inmersos docentes y estudiantes.[...] si nos mostramos favorables a que la etapa de la ESO — y también la del bachillerato— sea una enseñanza para la vida, esto es, una etapa que prepare al alumno para la vida no académica, entonces deberíamos tomar una serie de medidas drásticas inspiradas — ¡es obvio!— en el mundo «real»: el laboral. »

«Por lo tanto, y con carácter urgente, deberíamos dejar de hacer planes individualizados y adaptaciones varias al alumnado, medidas que en la mayoría de los casos únicamente sirven para maquillar la realidad, sirven para otorgar el título de secundaria a alumnos que no tienen ni el nivel, ni la disposición, ni la actitud. ¿Acaso existen los planes individualizados en la vida? ¿O en el trabajo? Quizá entonces deberíamos suspender a un 70 por ciento de los alumnos, como mínimo. También deberíamos expulsar a todos aquellos alumnos que de manera sistemática llegan tarde o directamente son absentistas. ¿Qué ocurre si en el trabajo llegas tarde muchos días seguidos o no te presentas, y encima sin ningún motivo acreditado? Quizá a lo largo del curso también habría que hacer venir a figuras de autoridad relacionadas con el mundo policial y judicial para que los alumnos entendieran que, en la vida «real» — la que hay más allá de las paredes del instituto—, las faltas de respeto, las ilegalidades, el acoso, los robos y las estafas intelectuales (como presentar trabajos copiados) se pagan caros. [...] También podríamos realizar un proyecto que consistiera en evaluar a los alumnos únicamente por los resultados y el rendimiento, y no por ese supuesto esfuerzo imposible de ponderar o de demostrar. »

## GRUPOS ADAPTADOS

«[...] Una de las primeras cosas que aprendes cuando empiezas a trabajar de profesor es que, en este país del demonio, todo son eufemismos del eufemismo del eufemismo. Y al final, como todo son eufemismos del eufemismo del eufemismo, no sabes de qué se habla ni a qué realidad se refieren las palabras. Al principio me sorprendió mucho que se utilizara la palabra *diversidad* para referirse a todos aquellos alumnos que, por el motivo que fuese, no podían seguir un ritmo académico «normal». »

«[...]Cuando te inicias en la docencia y te dicen «tienes un grupo de diversidad», no es una manera redundante y obvia de decirte que no hay dos alumnos iguales, que tienes diversidad de alumnos. El sentido es otro. Lo que te están diciendo es: «Con este grupo vas a sufrir y te va a costar dar clase; eso si puedes darla. Debes entretenerlos como puedas y da igual si aprenden o no aprenden». Aunque nadie lo diga con estas palabras, de forma tan cruda, todo el mundo sabe qué quiere decir — y qué implica— la «diversidad». A nadie le interesa si los alumnos de «diversidad» aprenden mucho. Lo prioritario es que estén distraídos — a veces utilizan el término *atendidos*— y que no den problemas. »

«En los grupos adaptados, son habituales expresiones y siglas como TDA, TDAH, TEA, TDL, DIL, dislexia, trastorno límite de la personalidad, TOC, discalculia, TANV... Y todo eso por no hablar de los trastornos de ansiedad, las depresiones, las bulimias y las anorexias, que son transversales en todos los grupos. [...]»

## GUAIS Y MOTIVADOS

« El debate entre enseñar y educar es antiguo, y no es necesario adentrarnos en él. Cuanto mayor es el alumno, más se le enseña (o más debería enseñársele) y menos se le educa. Mi postura es que yo enseño e, inevitablemente, educo — o deseduco— con el ejemplo: si exijo puntualidad a los alumnos, yo debo ser siempre puntual; si les exijo rigor, yo debo ser más riguroso que ellos;»

«[...] Ahora bien, yo estoy plenamente comprometido con mi labor de educador de mis hijos, a tiempo completo y sin reservas, porque considero que es tarea de los padres. Si hay padres que directa o indirectamente han renegado de esta tarea, explícita o implícitamente negligentes, ¿por qué debo ser yo quien eduque a sus hijos? ¿Por qué si yo educo a mis hijos — y, por lo tanto, me cercioro de que irán a clase a aprender, y no a educarse— debo asumir la labor de unas familias que no hacen su trabajo? (Nota: A menudo son precisamente estos padres negligentes los más activos y exigentes a la hora de quejarse y denunciar que el profesorado no atiende como es debido a sus hijos; tal vez lo hagan por cargo de conciencia.»

«En mi opinión, esta confusión de roles es uno de los motivos centrales del disparate educativo actual. Como nadie tiene muy claro — ni padres, ni profesores, ni alumnos ni autoridades educativas— qué papel debe desarrollar en el teatro educativo, la consecuencia es que no hay límites claros, definidos ni precisos. El resultado es un revoltijo en el que reina la confusión, la anomia y el sálvese quien pueda, un caldo de cultivo perfecto para que emerja la miseria moral de algunos docentes.»

## TECNOCRACIA Y DEPRESIÓN

«[...] Una buena manera de terminar un libro sobre educación — un libro como este— es hablar de la salud mental tan deteriorada del profesorado. Y es que los últimos estudios educativos sobre el estado anímico de los profesores coinciden en poner de manifiesto una realidad bastante palpable para quien se dedica a la docencia: el malestar del profesorado en su día a día.»

«Por poner solo un ejemplo: el último informe del Observatorio de la Escuela en Iberoamérica, de la Fundación SM, efectuado en cuatro países (Brasil, Chile, España y México), aporta datos preocupantes en relación con la salud mental de los docentes, sobre todo en España. En uno de los apartados, dedicado precisamente al malestar docente, se remarca que uno de cada tres

maestros ha sufrido o sufre falta de ilusión; y dos de cada cinco, agotamiento, ansiedad o depresión. Estos datos no solo son tristes, sino preocupantes, sobre todo si tenemos en cuenta que la docencia es uno de los trabajos más vocacionales, al menos normalmente.»

«[...]A modo de resumen: el modelo que actualmente impera en la dirección de los centros educativos es el tecnocrático, un modelo basado en el papeleo y en la impersonalidad de la gestión. A la hora de enfrentarse a la realidad cada vez más compleja de las aulas, este modelo no solo se muestra incapaz de solucionar nada, sino que agrava el problema: por un lado, genera desprotección en el profesorado; y por el otro, le priva de experimentar el sentido pleno de un trabajo que suele tener un destacado componente vocacional. Llegados hasta aquí, no es de extrañar que, año tras año, curso tras curso, aparezcan diversos estudios que evidencien el malestar docente actual y la necesidad de remediarlo. Y es que, si a la indefensión aprendida de muchos docentes le sumamos ahora los síntomas característicos de una depresión noógena —fruto de la pérdida de sentido—, entonces se entiende perfectamente la falta de ilusión, el agotamiento, la ansiedad y la angustia que padecen tantos docentes.»

## FLORES DE LOTO

«En uno de los pasajes de la *Odisea*, Ulises llega con sus camaradas al país de los lotófagos, unos seres que se alimentan constantemente de flores de loto. La ingestión de esta planta provoca una pérdida irreversible de la memoria y convierte a uno en un ser desmemoriado, sin proyecto vital, un ser que vive únicamente para la gratificación constante de comer, una y otra vez, en bucle, flores de loto. El placer por el placer, como inicio y fin en sí mismo. Por eso los compañeros de Ulises que catan la flor de loto se olvidan de inmediato del regreso a Ítaca y sus vidas se vacían de sentido, de propósito. No es extraño que un sistema educativo que ha proscrito la memoria, que la ha menospreciado, haya renunciado a transmitir el valor de la tradición humanista, la cultura que nos ha hecho ser quienes somos y el sentido histórico de nuestra presencia en el mundo. [...] Todas las humillaciones recibidas, barnizadas, disimuladas e incluso justificadas con desmemoria, tiñen el panorama educativo de una anomia y un desánimo difíciles de revertir. Es un terreno abonado para demagogos, vendedores de humo y politiquería de vuelo gallináceo. Es el sistema que tenemos, por desgracia, el que nos ha tocado vivir. El disparate educativo es tan indigesto que solo te lo puedes comer acompañado de flores de loto.»

PENÍNSULA

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**

**Laura Fabregat Farran**

Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 I lfabregat@planeta.es